

## Algo más que Flores

### El vínculo en la terapia floral

**May Domínguez**

[maydrodes@hotmail.com](mailto:maydrodes@hotmail.com)

Desde hace tres años atiendo como voluntaria de SEDIBAC a chicos afectados por SIDA o que son portadores del VIH y que sufren también por encontrarse sin recursos económicos ni familia que pueda o quiera atenderlos. Les visito regularmente en dos centros: Can Banús, en Badalona, donde conviven 22 chicos, e Ítaca, en Barcelona, un piso tutelado que acoge a 7 chicos más. Mi relación con ellos ha ido creciendo y ya no se limita exclusivamente a la Terapia Floral, sino que intento compartir con ellos otras actividades del día a día: comidas, salidas, dificultades que se les presentan, sus pequeños logros o simplemente tertulias. Algunos de mis ahora amigos ya no toman flores, otros ni siquiera las han probado, pero estoy convencida que, a pesar de ello, se impregnan de sus aromas.

Hace dos años, desde este mismo foro, tuve la oportunidad de hacerlos llegar mis primeras impresiones de esa relación. Os hablé de cómo, desde un principio, tuve la inesperada sensación de que ellos estaban mucho más cerca de mí de lo que yo podía haber imaginado previamente. Bajo el título “Ellos son yo” intenté transmitirlos cómo a través de sus padeceres pude conocerme algo más y por ello situarme más cerca de ellos, de igual a igual, casi diría que tocándonos el corazón.

Hoy, después de dos años más de convivencia terapéutica, creo haber entendido algo más de esta relación y me gustaría hablaros de ello. Como ya habréis podido leer, he titulado esta pequeña reflexión, “Algo más que flores. El vínculo en la Terapia Floral”. Todos nosotros sabemos que actuamos como simples emisarios de la voluntad divina y que son las flores las que muestran el camino a nuestros pacientes. Pero en nuestra formación nos han insistido también en la importancia que tiene el vínculo que establecemos con el *otro*, con aquel que asiste ‘pacientemente’ a nuestra charla, o a veces incluso a nuestra sentencia.

Dejadme que os explique algo interesante. La palabra “otro” (o “altre”, en catalán) no deriva de una única palabra latina, sino de dos: *alter* i *alius*. En nuestro devenir hacia la ignorancia del ego hemos perdido algo fundamental por el camino y hemos resumido en una única palabra algo que tenía dos significados complementarios, necesitados uno del otro. *Alter* significa “el otro, el que no soy yo”. Hasta aquí vamos bien. Pero *alius* significa “la otra parte de

mí mismo”, la otra de parte de mí que está en el otro, aquél con el que me comparo. Si somos capaces de reflexionar sobre qué significa realmente esto que hemos olvidado, creo que podremos entender cual es realmente nuestro trabajo como terapeutas. Como dice Raimon Panikkar, “no es solo al otro al que desconozco completamente, es la otra parte de mí mismo la que también desconozco.” Porque solo la puedo conocer poniéndome frente al otro. Y es que la vida son relaciones y las relaciones son la vida.

Es precisamente desde esta perspectiva de amar al otro “como a nosotros mismos”, desde donde podemos descubrir en el otro una parte de nuestra identidad. Y no desde la posición de amar al otro como otro individuo, igual que nosotros quizás, pero no como yo mismo.

Por cierto, dejadme que os diga también que, aunque no soy capaz de explicároslo, la física cuántica está cerca de demostrar (si no lo ha demostrado ya) que no hay nada en el universo conocido que exista por sí mismo. Todo, absolutamente todo, hasta la más mínima partícula, existe sólo en relación a todo lo demás.

Y seguimos. Después viene el saber escuchar. La escucha atenta es fundamental y un hábito que hay que cultivar. Escuchar no es estar juzgando lo que el otro nos dice ni estar apuntando mentalmente las flores que vamos a administrarle. Escuchar no es estar preparando la respuesta para soltarla a la mínima pausa para coger aire de quien nos habla. No es suficiente con estar atento a lo que el otro dice, es necesario vaciarse de uno mismo, de los propios esquemas. Implica no tener prejuicios, es más, no tener juicios sobre el otro. Vaciarse, hacer silencio interior, dejar de ser uno para ser el otro. Sentir desde él y para él.

Ahora nos toca hablar. Y para hablar hay que decir cosas. Es únicamente desde la experiencia de sentir desde el corazón desde donde podemos ‘comunicar’ algo al otro. Porque no se trata de transmitir al paciente lo que hemos aprendido, eso no es un diálogo, es un monólogo. Al otro le importa un pimiento lo que hemos aprendido en los libros. Hay que transmitir una experiencia, algo que se ha vivido, si no, ¿cómo vas a llegar al otro? ¿Cómo vas a transmitirle nada? Cuando transmitimos nuestro sentir es cuando entendemos el estado emocional del otro y deseamos reducir su sufrimiento. En una palabra, es cuando practicamos la compasión.

Por último, serán las flores quienes nos descubran el misterio. Las que en silencio y sutilmente vayan diluyendo ese velo que protege la ignorancia de ambos, del paciente y del terapeuta. Siempre he tenido la sensación de que

tampoco vamos a saber qué habría pasado si le hubiéramos dado otras flores y no éstas. Damos las que damos y eso está bien, todas son maravillosas y necesarias, siempre está bien. Seguro que cualquiera de ellas cumple su función. Ni siquiera eso es importante para el otro, solo para nuestra mente que juzga y se juzga.

“Ama y haz lo que quieras”, ya lo dijo San Agustín. Y en el proceso habrás disfrutado aprendiendo de la experiencia, riendo y sufriendo, fluyendo y sintiendo. Siendo. Porque la identidad, “nuestra identidad”, está en constante construcción y no depende tanto de nosotros mismos como creemos.

Esta es la experiencia que os quería transmitir. Gracias por vuestra “atenta escucha”.

*Estas líneas se han escrito con algunas reflexiones de mis “otros”. Mi agradecimiento, en especial, a Eduardo Grecco, Raimon Panikkar, Dolors Ollé y también a los anónimos internautas que me iluminan con sus destellos.*